

PROBLEMAS SOCIALES EN EL SECTOR AZUCARERO (Ponencia)

JOSE DEL CASTILLO

1. "Sin temor a equivocarnos, nos atrevemos a asegurar que la presente cosecha no se ha molido íntegra (...) por la falta de brazos", rezaba un editorial de un diario dominicano, al aludir a las dificultades experimentadas por la industria azucarera en la realización de la zafra. En previsión de lo que podría acontecer en la próxima zafra, el editorialista aconsejaba la importación del número de braceros indispensables para completar la dotación requerida por los ingenios.

La cita anterior no corresponde a un sesudo editorial de Rafael Herrera, ni se refiere a la situación por la cual atravesó nuestra industria azucarera durante la zafra pasada. Se trata nada menos que de un editorial publicado en *El Eco de la Opinión*, el periódico más influyente de aquel entonces, en 1885, o sea, a casi un siglo de distancia.

Y hace casi un siglo que la industria azucarera dominicana, a poco de iniciarse como una actividad moderna, sufrió su primera gran crisis, como consecuencia de la caída de los precios del azúcar en los mercados y la competencia demolidora de la remolacha europea protegida por primas de exportación y fuertes barreras arancelarias. Desde entonces, en la prensa nacional se empezó a hablar de "crisis de brazos", aludiéndose con ello a la carencia de braceros para realizar la zafra.

El campesino dominicano, que había concurrido al trabajo en los ingenios atraído por los salarios ventajosos que allí se pagaban, empezó a retirarse paula-

tinamente de los mismos, al decaer los niveles salariales. Junto a este fenómeno y como un haz de factores que se combinaron para ahuyentar la mano de obra nativa de los campos de caña—, la moneda más corriente de las que circulaban en aquella época —la plata mejicana , se vió afectada por un acelerado proceso de devaluación, dando lugar en el país a las clásicas operaciones especulativas que se verifican en esas circunstancias, mermando el poder adquisitivo de los salarios.

Aunado a lo anterior, las mercancías importadas se dispararon en sus precios al consumidor, en una sociedad que cubría sus necesidades de consumo importando bacalao, arenque y macarela, tasajo y tocino, harina y manteca, papas, arroz y frijoles, ropa y calzado. Hasta los tradicionales plátanos, los huevos y las gallinas criollas se sumaron a la carrera alcista, junto a la carne y la leche.

De suerte que al campesino se le hizo más rentable quedarse en su conuco, antes que participar en una actividad cuyo salario apenas le alcanzaba para subsistir —subsistencia que tenía garantizada quedándose en su labranza—, sin posibilidades de obtener un ahorro al final de la jornada.

Obviamente, este tipo de comportamiento se daba en una época en que el país poseía una escasa población, en especial en la región Este, y al mismo tiempo contaba con abundante tierra disponible y relativamente fácil acceso a su usufructo. Por otro lado, las empresas azucareras que sobreviven la crisis —luego de que una proporción estimable de ellas quebrara—, lo hicieron reduciendo sus costos por la vía de la modernización de su maquinaria industrial, expandiendo su escala de producción —lo cual equivale a decir, ampliando también sus campos de caña , apelando al empleo del ferrocarril y disminuyendo el salario real.

Desde entonces a esta parte, la zafra empezó a depender progresivamente del elemento extranjero, hasta que ya a principios de este siglo se hacía casi en su totalidad gracias a su participación. El barloventino nos resolvió la zafra, llegando en cantidades de unos cuatro mil anuales, quedándose una buena parte de éstos en el país al término de la cosecha. Hasta que apareció —durante la ocupación militar norteamericana del año 1916— la figura del haitiano en nuestros cañaverales, para quedarse fija como una estampa indispensable.

2. Durante la pasada zafra, el problema de los braceros haitianos cobró renovada vigencia, al retrasarse el inicio de la cosecha en, por lo menos, siete de los doce ingenios del Consejo Estatal del Azúcar, como consecuencia de las dificultades que rodearon las negociaciones del último convenio de contratación de braceros, concertado entre los gobiernos haitiano y dominicano. De manera creciente, las autoridades del vecino país hacen mayores exigencias, en un claro reconocimiento de que cuentan en este aspecto con una posición negociadora privilegiada, que nos hace más vulnerables a sus pretensiones.

De acuerdo con declaraciones dadas a la prensa por el administrador del mayor ingenio estatal, la producción del Central Río Haina fue de un 22 por ciento, por debajo de su estimado original. Apuntando a renglón seguido, que de 8 mil picadores que requiere el ingenio para cubrir sus necesidades de zafra, sólo contaba con 4 mil 500, quejándose al mismo tiempo del bajo rendimiento obtenido por estos picadores.

Aunque el problema de los braceros no fue el único factor ocasionante de la merma sufrida por nuestros ingenios en su volumen de producción durante la zafra pasada, nadie podría negar su incidencia gravitante en los bajos índices alcanzados. Los magros resultados obtenidos, en un año de excelentes precios, nos deben servir de estímulo para enfrentar el problema de la cosecha bajo prismas diferentes, si es que no queremos hacer un virtual *haraquiri* económico, tremendamente perturbador para una sociedad que descansa de manera tan determinante en la producción azucarera.

Después de más de un siglo de experiencia azucarera moderna, no podemos apreciar como deseable la manera en que, a juicio de un articulista que escribía en la prensa dominicana en 1883, se enfrentaba el problema de la zafra: “¿Asusta la falta de brazos, i por consiguiente de buenas a primeras se quiere remediar el mal arrebatando elementos de acá i de allá, en su mayor parte malos, i trasbordándolos como quiera a esta tierra, en la cual nada bueno encuentran, i de la cual, van á ser luego los acriminadores virulentos?”

La improvisación a la que aludía el articulista no puede ser la norma, en esta era de las computadoras, de las comunicaciones vía satélite y de los viajes espaciales rigurosamente programados. Si los dominicanos queremos mantenernos como productores eficientes en el mercado azucarero, debemos otorgarle la prioridad que corresponde a la industria azucarera, colocando en primer plano la modernización de su fase agrícola.

Veamos el problema de los braceros, tal y como nos lo muestran los indicadores estadísticos.

La industria azucarera empleó en 1977 a unas 65 mil personas —aunque el promedio del personal ocupado en el período 70-77 es 86 mil— y pagando 90 millones de pesos en salarios. En años extraordinarios, como los del 73 y 74 la industria ocupó más de 100 mil personas. A pesar de este significativo peso en la oferta de empleo y en el pago de salarios, la zafra se realiza gracias a la participación de los haitianos residentes y de la cuota anual que importamos desde Haití.

En cantidades oscilantes —siendo el año azucarero pasado 16 mil—, importamos más de 10 mil braceros, para que junto a sus connacionales radicados en

nuestro territorio y una cuota minoritaria de dominicanos, se ocupen de las labores asociadas al corte de la caña. En este sentido, los haitianos constituyen el 80 por ciento de la fuerza de trabajo agrícola ocupada en la zafra, habiendo llegado a totalizar la cifra récord de los 40 mil, durante la zafra del 73, de acuerdo con el informe de una misión de la OIT que estudió las condiciones de empleo en el país.

Del total del personal empleado por la industria, corresponde al CEA alrededor de un 70 por ciento dividiéndose los productores privados el resto, siendo el Central Romana el de mayor peso relativo.

En 1977, el CEA empleó unas 45 mil personas, ocupando en el mes pico de la zafra casi 13 mil braceros en el corte y tiro de la caña, de los cuales el 76 por ciento estaba integrado por haitianos.

Estas referencias estadísticas nos sirven para ilustrar una de las paradojas de nuestra economía. Siendo el nuestro un país con una elevada tasa de desempleo —tanto rural como urbano—, estimada en un 25 por ciento de la fuerza laboral, nos vemos precisados a recurrir a la importación anual de braceros extranjeros para acometer las tareas de la zafra. Este problema ha sido resumido en una sola frase, ampliamente popularizada: “el dominicano no corta caña”.

3. Las razones que se han dado a este desdeñoso comportamiento van desde aquellas que enfatizan aspectos de tipo cultural, hasta las que se mueven en el ámbito de las explicaciones socioeconómicas.

Una vertiente sostiene que existe un problema de prejuicio frente al haitiano, que aleja al dominicano de los campos de caña, al considerar el corte como “trabajo de haitiano”. Esta versión coloca el acento en el bajo prestigio ocupacional que el dominicano le asigna al corte, al hallarse éste asociado al haitiano, considerado de esta manera como un ser “inferior”. Una variante de este prejuicio, señala el corte como “trabajo de esclavo” y “trabajo de negro”.

Aunque la existencia del prejuicio no puede negarse, su importancia, como factor *per se*, habría que relativizarla. Ciertamente, el trabajo del corte de la caña es uno de los menos apreciados en la escala de prestigio ocupacional dominicana. Sin embargo, los prejuicios actúan como mecanismos de compensación psicológica, ante situaciones engendradas por otros factores. Aunque en ocasiones suelen ser muy resistentes, nada indica que cambiadas o modificadas las circunstancias que motivan y alimentan el prejuicio, éste no ceda.

Otra respuesta se refiere a las condiciones socioeconómicas que rodean este oficio. Se señala que los niveles de salario imperantes en los campos de caña son

muy bajos, desalentando a los nacionales, aún a aquellos que se hallan desempleados, a participar en la zafra. Esta versión redondearía su línea de argumentación indicando que, aunado al factor anterior, las condiciones de vida existentes en la mayoría de los bateyes conspiran contra una mayor presencia dominicana en la zafra.

Otra explicación que usualmente se ofrece alude a las características mismas del trabajo del corte, señalando que el mismo es muy agotador, requiriendo de personas acostumbradas a desplegar prolongadas jornadas de laboreo continuo bajo un sol abrasador, por lo cual el campesino dominicano, acostumbrado a trabajar poco, no resulta ser la solución óptima y sí el bracero haitiano, curtido en esta faena.

Hagamos un examen de la pertinencia de estas explicaciones, con la finalidad de contribuir a la dilucidación del problema.

4. Los niveles de remuneración no son halagüenos. Sin embargo, no son a su vez muy diferentes de los imperantes en otros cultivos donde predomina mano de obra asalariada. El asunto parece radicar en otras variables, regularmente no involucradas en el análisis.

El salario que se paga en el corte no parece, por sí mismo, garantizar un nivel de ingresos lo suficientemente atractivo como para asegurar una participación de la fuerza de trabajo disponible en nuestras zonas rurales, tal y como acontece con otras cosechas.

Todo parece indicar que la fuerza de trabajo dominicana sólo se integra al corte de la caña en aquellas zonas donde le es posible combinar los ingresos derivados del salario de la zafra, con otras fuentes de ingresos propias, como lo sería la explotación conuquera. Esto introduce un nuevo ingrediente, concerniente a las características de las zonas azucareras, en lo relativo al uso de la tierra agrícola y al régimen de tenencia imperante.

Si observamos con detenimiento, en muy contados ingenios —como el CAEI—, participa una considerable dotación de braceros dominicanos en el corte. En cada uno de esos casos, la plantación azucarera ha logrado coexistir con otras formas de uso agrícola de la tierra y otros tipos de tenencia correlativos, asegurando así la existencia de una masa campesina regional lo suficientemente amplia como para proveer fuerza de trabajo para el corte. En estos casos, el campesino lugareño acude al corte como una forma de complementar sus ingresos, sin que su participación conlleve un abandono gravoso de su propia explotación agrícola. Se trata de una operación apoyada en supuestos racionales, mediante la

cual el trabajador optimiza el empleo de sus recursos disponibles, buscando la mayor rentabilidad.

¿Es posible esto en las principales zonas azucareras del país? Evidentemente que no.

En el Este, donde se concentra el mayor número de ingenios, hay un predominio de dos tipos de uso de la tierra: la plantación cañera y los pastizales ganaderos. En el Este azucarero, las provincias de La Romana y San Pedro de Macorís poseen un 84 por ciento y un 72 por ciento, respectivamente, dedicado a la siembra de caña, del total de su superficie agrícola. A su vez, el régimen de tenencia indica en La Romana que el 2 por ciento del número de explotaciones agrícolas concentra el 77 por ciento de la superficie, mientras que en San Pedro de Macorís, el 1 por ciento de las explotaciones ocupa el 73 por ciento de la superficie.

En buen cristiano esto quiere decir que en el Este azucarero, la plantación cañera no coexiste con otros usos agrícolas y otras formas de tenencia asociadas a los mismos, que envuelvan una población campesina numerosa y estable, capaz de proporcionar brazos a los ingenios en la estación de la cosecha. Y ello no es extraño si tomamos en consideración que esta región, prácticamente despoblada y virgen, se desarrolló a partir de la implantación de los ingenios azucareros, a finales del siglo pasado y principios del presente, captando éstos, progresivamente, las tierras de la región.

De suerte que en la mayoría de las zonas azucareras del país, la solución CAEI es prácticamente inaplicable, quedándonos el bracero puro y simple como alternativa.

5. A esta altura de nuestra exposición, conviene que introduzcamos otro elemento: el de la productividad de cortador.

El nivel de ingreso del bracero, en la medida en que el corte es un trabajo pagado a destajo —o sea, por toneladas de caña cortada y alzada—, depende del rendimiento diario del cortador. Los promedios de rendimiento nos muestran que la productividad del bracero ha ido disminuyendo, hablándose de una tonelada y media por picador y probablemente de una y cuarto para la zafra recién finalizada. Felipe Vicini, en un interesante trabajo publicado hace unos años, advertía sobre el particular, señalando que treinta años atrás el rendimiento promedio se encontraba en las tres toneladas por jornada laboral.

Esta realidad ha sido explicada aludiendo a la circunstancia de que, a medida que se ha aumentado la tarifa de pago por tonelada, el tiempo de la jornada

ha ido disminuyendo de manera proporcional, como una manifestación en la conducta del bracero de la "ley del menor esfuerzo". De esta forma, se señala, el trabajador deja la mocha tan pronto ha cubierto el mínimo de tonelaje indispensable para satisfacer sus necesidades básicas.

Se añade que el trabajador carece de un espíritu de ahorro que lo impela a prolongar su jornada laboral, tras la obtención de un mayor ingreso.

El economista inglés Maurice Dobb nos proporciona una explicación plausible a este tipo de comportamiento, al señalarnos en su obra **Salarios**, lo siguiente: "Un alza de salarios puede alentar a los trabajadores a sacrificar parte de esa ventaja aumentando su descanso o poniendo en práctica métodos menos fatigantes de trabajo, más bien que a aumentar sus ingresos".

Las investigaciones realizadas por Elton Mayo en la General Electric de Chicago, hace más de medio siglo, evidenciaron que el propio grupo de trabajo imponía, en la producción diaria, un estándar correspondiente a lo que éste entendía era una jornada justa de trabajo. De forma que, al margen de los niveles establecidos formalmente por la empresa, funcionaba un código extraoficial que regulaba el rendimiento efectivo de los trabajadores, algunas de cuyas reglas se expresaban en las siguientes máximas: 1. "no debes trabajar demasiado. Si lo haces serás un 'rompe marcas' "; 2. No debes trabajar demasiado poco. Si lo haces serás un 'simulador' ".

Tengo la impresión que en el bracero, como en cualquier trabajador que posea ciertos márgenes de libertad de escogencia, opera un criterio de rendimiento óptimo, que no se puede separar de las condiciones técnicas y sociales en que se realiza su faena. Este rendimiento no siempre es el esperado por la empresa, sino que más bien responde a un acomodamiento que ejecuta el trabajador, de conformidad con sus patrones de conveniencia.

Hemos llegado a un punto crucial de este análisis. La tendencia al decrecimiento de la productividad del bracero, que históricamente estamos observando, nos indica que antes que avanzar, estamos retrocediendo en lo concerniente al trabajo del corte, tal y como éste se realiza en la actualidad, en su denominada forma tradicional. Ello equivale a decir que necesitaremos cada vez más braceros, para poder atender nuestros normales niveles de molienda. Braceros cuya obtención cada vez más se dificulta, como lo demostrara la suerte de la zafra anterior.

Para torcer el curso de esta tendencia se hace menester atacar el problema en sus raíces, yendo a la forma de organización del trabajo en la cosecha, sin cuya modernización es punto menos que imposible pretender alterar la pauta anotada, incrementando con ello la productividad del trabajador agrícola.

6. Una de las vías posibles consiste en retomar la experiencia desarrollada por el CEA, en los ingenios del Norte, durante la zafra 1974-1975, consistente en la puesta en vigencia de un sistema denominado corte tradicional modificado, con sus dos modalidades, de alce manual y alce mecanizado.

Con la mira puesta en aumentar la productividad y con ello el ingreso promedio del bracero, de prescindir de la importación de braceros haitianos, de incrementar los rendimientos caña-azúcar y de eficientar los trabajos de campo, se inició en Esperanza la aplicación de una de las modalidades del corte tradicional modificado, en razón de que este ingenio contaba con alce mecanizado y riego, posibilitándose en este caso proceder a la quema de la caña para facilitar su corte.

El corte se organizó sobre la base de grupos de 3 personas, 2 de ellos dedicadas al corte y una tercera destinada a apilar la caña cortada para su levantamiento por la cargadora. Para esta última faena se empleó a mujeres adolescentes, regularmente familiares del cortador. Como la caña se quemaba, se tomaron providencias para tirarla y molerla dentro de las siguientes 24 horas.

Esto supuso preseleccionar los campos que serían tumbados —de acuerdo al estimado de molienda diaria del ingenio—, movilizar el personal y el equipo necesarios para cargar y tirar la caña, sincronizando los movimientos en un flujo óptimo de cañas en dirección al molino.

En el sistema tradicional el cortador, trabajando individualmente, tumba la caña y la va apilando, requiriendo de 2 a 3 días —como mínimo— para completar la capacidad de una carreta, procediendo entonces a levantarla, con el auxilio del carretero. Con este patrón de organización tan rudimentario, los rendimientos son bajos y, con ellos, los salarios.

Bajo el nuevo sistema, se obtuvo una productividad promedio de alrededor de 5 toneladas, lo cual permitió un ingreso por cortador superior a los 5 pesos, ya que la caña se pagaba a \$1.05, mientras que el apilado, pagado a \$0.30 la tonelada, reportaba alrededor de \$1.50. Si el grupo de trabajo estaba constituido por miembros de una misma familia, esto significaba un ingreso familiar por encima de los \$10 por jornada.

En el caso de Amistad y Montellano, donde se carecía de alce mecanizado, se formaron brigadas de 9 braceros, dedicándose 6 al corte y 3 al alce, rotándose periódicamente las funciones. Los niveles de productividad por cortador resultaron similares a los obtenidos bajo la otra versión del sistema. Dado que se realizaba la carga manualmente, requiriendo mayor esfuerzo del grupo, se estableció un pago superior a —\$1.50—, por tonelada cortada y alzada, asegurándose un ingreso per cápita de \$5.

El saldo arrojado por estas experiencias puede ser resumido así: para los trabajadores, representó un incremento de un 100 por ciento de su productividad, lo cual equivale a decir, una duplicación de sus ingresos. Al organizarse el trabajo en brigadas se pudo contar con una división más racional de las operaciones, que para la segunda modalidad —la de alce manual—, debió representar una reducción de los índices de fatiga, al rotarse periódicamente las tareas.

Al sincronizarse adecuadamente las operaciones de campo, el trabajador se vio en gran medida liberado de invertir parte de su tiempo en otras faenas que no fueran el corte y el alce o el apilamiento, obteniendo así una franja mayor de tiempo libre. De igual modo, disminuyeron las posibilidades de fraude en el pesaje, al tiempo que cobraba diariamente.

Para la empresa, las ventajas se tradujeron en una reducción sustancial del número de picadores necesarios para la zafra, representando la tercera parte del total requerido por los 3 ingenios. Esto significó la posibilidad cierta de prescindir del expediente de la importación de haitianos. Igualmente, le permitió realizar inversiones de mayor impacto social en los bateyes, fuera de los beneficios no tangibles de laborar con un personal más satisfecho y menos propenso al conflicto. En el orden de la producción, la empresa logró mayores rendimientos caña-azúcar, al reducir el tiempo que media entre el corte de la caña y su molienda, gracias a la organización previa de las operaciones de campo, obteniendo, además, economías en los gastos de transporte. Por último, los trabajos agrícolas se eficientaron, al establecerse un plan de corte.

Este sistema, cuya aplicación exitosa no es necesariamente válida para todos los demás ingenios del país, nos reporta tres lecciones fundamentales. Primero, que es posible aumentar la productividad alterando los patrones de organización del trabajo manual. En segundo término, que la racionalización de las operaciones de campo, programadas como si se tratara de un sincronizado engranaje industrial, se traduce en beneficios tangibles en los rendimientos de sacarosa de la caña molida y en economías de costos. La tercera lección es que existen vías para reducir nuestra dependencia del bracero importado y con ello los riesgos de una producción tan vital.

Fuera de este sistema, es posible experimentar con otros mecanismos que estimulen los niveles de productividad del trabajador, apelando a diversas formas de incentivo.

Los productores azucareros, en especial aquellos que como nosotros nos encontramos en la franja de los productores de caña de los trópicos, en el contexto de un mercado cíclicamente deprimido y enfrentando los retos impuestos por diferentes esquemas proteccionistas, están abocados a mantener sus costos

de producción a niveles rentables, so pena de sucumbir. En este sentido perfilando una solución de mayor envergadura—, los ensayos con cosechadoras mecánicas que se realizan actualmente constituyen un importante jalón en la modernización de la zafra.

La sólida introducción de este eficaz instrumento de trabajo supone la modificación de las premisas en que se asienta la zafra actualmente. Lo contrario sería pretender poner un equipo costoso, que demanda pericia y adecuado mantenimiento, en manos del mismo sujeto que sostiene la mocha, sin cambiar sus condiciones de calificación y sus niveles de existencia.

7. Fuera del problema del nivel de ingreso del trabajador, asociado al asunto de la productividad, otra de las razones que generalmente se esgrimen para explicar la baja presencia del dominicano en el corte de la caña, consiste en la calidad de la vida en los bateyes, reputada como precaria.

El vocablo batey fue utilizado originalmente en el léxico azucarero para designar al lugar de emplazamiento, tanto de la factoría como de las viviendas y edificaciones administrativas y de servicio de los ingenios. Con el desarrollo del moderno central y la extensión de sus campos de caña, se hizo preciso reubicar más adecuadamente a la población involucrada en las faenas agrícolas, surgiendo de esta forma los bateyes de campo, denominándose desde entonces el principal poblado como batey central. Actualmente, la magnitud de algunos de estos bateyes centrales los ha convertido en verdaderos centros urbanos, con funciones político-administrativas propias.

Una descripción literaria del batey nos la ofrece Moscoso Puello, en sus *Cañas y bueyes*: “Una calle de bohíos, media docena de casitas de zinc, una bodega, cuatro barracones y un molino de viento”.

De acuerdo con estimaciones de la Comisión de Asistencia Médica del CEA, en 1971 habitaban más de 200 mil personas en los bateyes pertenecientes a ese consorcio estatal. Dicha comisión, en un informe sobre las condiciones sanitarias de estos establecimientos, indicaba que éstas eran más precarias que en el resto de las zonas rurales del país, “ya que existe gran hacinamiento, pues frecuentemente más de diez personas duermen en una misma habitación, sin ventilación ni iluminación”.

Al factor antes señalado, de conformidad con el informe, habría que agregar “la falta de higiene personal y colectiva, la falta de agua en la mayoría de dichos bateyes (sólo existe agua potable en determinados bateyes), y la carencia total de letrinas sanitarias (sólo algunas casas de los bateyes centrales tienen letri-

nas sanitarias en muy malas condiciones), aunque hay algunas casas de los bateyes dotadas con inodoros”.

Por último, señalaba la comisión, “los deficientes servicios de disposición de basuras y desperdicios y el bajo nivel educacional de sus moradores, hacen propicio, en consecuencia, el mantenimiento de focos permanentes de propagación de enfermedades agudas y crónicas, la mayoría de ellas controlables o evitables”.

Las consideraciones del equipo de médicos sanitarios del CEA se hallaban avaladas por una encuesta practicada a 8,254 hogares de trabajadores de los ingenios que la empresa tiene en el Este. Esta encuesta estableció que las viviendas de madera representaban el 67 por ciento, siendo un 33 por ciento de blocks y de concreto, que el 58 por ciento era del tipo individual y el 42 por ciento colectiva. Que el 74 por ciento se abastecía de agua de pozo, el 11 por ciento de tanque y el 9 por ciento de acueducto. Mientras el alumbrado estaba compuesto por un 46 por ciento de electricidad, un 37 por ciento de gas y un 17 por ciento de velas, en tanto la disposición de excretas se efectuaba un 52 por ciento en letrinas, un 42 por ciento en campo raso y un 5 por ciento en inodoro.

Más recientemente, en 1979, un grupo de estudiantes de término de la carrera de arquitectura de la UASD, llevó a cabo una encuesta en los bateyes de los ingenios orientales del CEA, entrevistando a una muestra de 867 jefes de familia. De acuerdo con la clasificación adoptada, el 52 por ciento de las viviendas se hallaba en estado regular, el 40 por ciento en mal estado y sólo el 8 por ciento en buen estado.

La estructura familiar indicaba que el 53 por ciento de las familias se halla compuesto por 3 a 5 miembros, mientras que el 31 por ciento lo integran familias de 6 a 8 miembros. Estos grupos familiares deben alojarse en viviendas donde predominan las que cuentan con un solo dormitorio (58%), siendo las de dos dormitorios el 30 por ciento.

De conformidad con estos resultados, el 32 por ciento de la población es analfabeta, un 31 por ciento se halla alfabetizado y un 35 por ciento posee educación primaria. El 78 por ciento de la población económicamente activa tiene ingresos mensuales por debajo de los 100 pesos, siendo un 60 por ciento de ésta ocupada en calidad de temporera y un 29 por ciento en condición de fija.

Un acercamiento más preciso a la vida de un batey típico de los ingenios macorisanos del CEA, nos lo proporciona el estudio antropológico realizado por Newton, durante el año 1975-76, empleando para ello la técnica del observador participante. Luego de convivir por espacio de 6 meses —tanto durante el período de zafra como en tiempo muerto—, este antropólogo norteamericano nos

ofrece un retrato del batey Mosquitisol, nombre supuesto dado por el investigador, siguiendo una vieja tradición antropológica, consistente en "proteger" a los informantes, manteniéndolos en el anonimato.

Mosquitisol congrega 350 personas en tiempo de zafra, de las cuales 156 son trabajadores asalariados, siendo el resto dependientes y otros residentes. Al término de la zafra, la población del batey empieza a declinar, cuando una parte de los trabajadores estacionales emigra hacia otros lugares. Por ejemplo, durante el primer mes del tiempo muerto, 34 personas abandonaron la comunidad— 25 trabajadores junto a 9 dependientes—. De éstos, 10 se dirigían hacia Haití, mientras que los otros 15, con sus 9 dependientes, se movilizaron hacia otros lugares del país.

El 33 por ciento de la población de Mosquitisol está representado por menores de 15 años. De la población adulta, el 67 por ciento está integrado por hombres. Por otra parte, el 45 por ciento de la población adulta está compuesta por haitianos, nacidos en Haití, y 2 por ciento por cocolos. La relación hombre-mujer—siguiendo la composición por grupo étnico—, nos indica que es de casi 4 hombres por cada mujer, en los haitianos, y de 1.3 en los dominicanos. Este desbalance tan acentuado nos sugiere la funcionalidad de la prostitución, como solución a las necesidades sexuales de la población masculina. Los haitianos de nacimiento constituyen el 31 por ciento de la población total del batey durante el tiempo de zafra. De este número, apenas un 10 por ciento regresó a Haití al término de la cosecha. La mayoría de ellos posee antigüedad residencial en el país, siendo algunos viejos residentes del batey. El factor antigüedad residencial y la destreza en el uso del español, constituyen fuentes de diferenciación entre los haitianos, formando aquellos recién llegados e inexpertos en el medio dominicano, la categoría de los congós, así denominados por sus propios compatriotas.

Los domínico-haitianos, descendientes de uno o dos haitianos, representan el 29 por ciento de la población de Mosquitisol. A pesar de haber nacido en territorio dominicano, algunos de estos niños y jóvenes presentan un status indefinido, en cuanto a nacionalidad se refiere. Casi todos se manejan con destreza en ambos idiomas, español y creole.

Los cocolos apenas constituyen el 1 por ciento de los residentes del batey, encontrándose la mayor parte de ellos radicados en los bateyes centrales de los ingenios, donde desempeñan oficios más calificados, en la factoría, y en San Pedro de Macorís, integrados a la vida urbana.

Por último, los dominicanos representan el 39 por ciento de la población de Mosquitisol, provenientes de otras zonas rurales, nacidos en el batey o en otros bateyes de la región.

El análisis de la composición étnica y de los tipos de oficio, evidencia que las actividades más escasamente remuneradas, como la de picador, concentran el grueso de la fuerza laboral haitiana, siendo el 92 por ciento de los trabajadores haitianos del batey, personas que se dedican a esa faena.

Estos picadores, a su vez representan el 75 por ciento del total de picadores residentes en Mosquitisol, sumando el 86 por ciento, si se le añaden los dominico-haitianos. En cambio, la presencia dominicana se manifiesta en aquellas ocupaciones que, como carreteros, jefes de campo y otras actividades agrícolas, comportan mayores ingresos, sin hablar de las ocupaciones fabriles y de servicio, cuyos desempeñantes residen en los bateyes centrales o en la ciudad.

Las observaciones de Newton, corroboraron los resultados de otras investigaciones sobre niveles de ingreso de la fuerza laboral agrícola —el 67 por ciento recibía menos de \$64 y un promedio de \$40, mientras que el 82 por ciento percibía por debajo de los \$100 mensuales—. De igual modo, se pudo constatar la consabida práctica de deducir a los vales un porcentaje, como especie de interés cobrado por el bodeguero a las compras realizadas por los trabajadores, así como la aplicación de una tasa de un 20 por ciento a la conversión en efectivo de la totalidad del valor de un vale, antes del pago quincenal. Además, los precios más elevados, en las bodegas.

8. Al llegar a esta parte de exposición, considero pertinente formular algunas recomendaciones o criterios a ser tomados en consideración para la elaboración de una política de empleo en el sector azucarero, particularmente en lo relativo al que a todas luces, es nuestro cada vez más estrecho cuello de botella: la zafra.

En primer término, ha quedado claro que tenemos un serio problema de productividad en el corte de la caña, que se traduce en mayores requerimientos de braceros, cuya localización se evidencia cada vez más incierta y dificultosa, como lo demostrara elocuentemente la negociación del convenio de contratación de braceros para la pasada zafra y en sus deplorables resultados en la tardanza del inicio de la zafra, en la baja destreza del picador y en los elevados índices de deserción en algunas zonas.

A las cada vez mayores exigencias de la parte haitiana, en lo concerniente a determinadas cláusulas del convenio y a los “gastos de cierre”, habrá que agregar dos nuevos elementos. La reorientación de la migración haitiana —que ha descubierto la ruta hacia el norte—, manifiesta en las dramáticas fotos de los haitianos llegando en barcas y goletas a las Bahamas y a Miami, y por otro lado, la creciente movilidad de la fuerza de trabajo haitiano dentro del mercado de trabajo dominicano, ganando posiciones importantes no sólo en la cosecha de café, el arroz y el cacao, sino también en la urbanísima industria de la construcción, en las artesanías para turistas y en una multiplicidad de oficios menores de la ciudad.

La baja productividad, en un trabajo pagado a destajo, con restringidas tarifas, en el marco de una economía inflacionaria donde el dinero pierde vertiginosamente su poder adquisitivo —sin aludir a los mecanismos especiales que dentro de la economía de plantación deterioran todavía más el salario—, se traduce en una reducción drástica del salario real del trabajador. Y todo ello quiere decir, alejar cada vez más las posibilidades de que un número mayor de la fuerza de trabajo doméstica se interese en participar en una actividad que experimenta un histórico y cada vez más crónico déficit de fuerza de trabajo.

Así las cosas, parecería que estuviésemos tocando fondo, llegando a los límites de un modelo de organización del trabajo que no da más, como si se tratara de una de esas medias viejas que ha quedado desvencijada, perdiendo la compostura y sin espacio disponible para nuevos remiendos.

Ante estas circunstancias —si así fueran—, quedarían dos opciones plausibles, restringiéndonos al asunto de productividad.

Una, la experiencia del corte tradicional modificado, en sus dos versiones, o cualquier otra modalidad de organización del trabajo que suponga el principio de la cooperación simple de los trabajadores manuales o su combinación con fases mecanizadas del trabajo, como lo es el alce mecanizado utilizado en una de las versiones del tradicional modificado. Junto a estas modalidades, donde todavía predomina el trabajo manual, pero potenciado al introducir factores de organización más eficientes, es posible experimentar con algunos incentivos salariales, tales como una escala de remuneración ascendente por unidades de tonelaje cortadas, que estimulen un mayor rendimiento marginal.

La otra opción es la mecanización, cuyos primeros ensayos se realizan en el CEA y que cuenta ya con algunas experiencias de los productores privados. Es una alternativa más lenta, que requiere fuertes inversiones en la adquisición del equipo, en mantenimiento y en el acondicionamiento de los campos para un funcionamiento óptimo. Supone, de igual modo, la calificación de un personal especializado.

Los esfuerzos en esta dirección merecen una cuidadosa atención, ya que representan —tecnológicamente hablando— el máximo de productividad que podríamos lograr en la cosecha. Por otro lado, la forma prudente en que parece haber sido asumido este programa, garantizaría contra riesgos innecesarios, si se toma en cuenta el balance arrojado por otras experiencias de mecanización realizadas en el mundo, cada una con sus rasgos peculiares.

En suma, para abordar el problema de la productividad —y dado que un programa de mecanización requiere quizás de una década para su implementación progresiva y nunca cubriría la totalidad de nuestras áreas cañeras actuales,

por razones topográficas—, resulta aconsejable ampliar el radio de aplicación del denominado corte tradicional modificado, al tiempo que se ensaya con cualquier otra combinación de trabajo en equipo y se avanza en el programa de mecanización.

Pero como hemos visto, el problema no puede ser exclusivamente enfocado por el lado de la productividad, cuyo incremento supondría concomitantemente un aumento del ingreso del trabajador.

Es preciso modernizar las condiciones de vida de los bateyes, removiendo así uno de los obstáculos que impide una mayor integración del dominicano al corte de la caña.

Hasta ahora, el Estado dominicano no ha otorgado la debida atención a las zonas azucareras, asumiéndolas como áreas prioritarias de inversión pública y receptoras de los servicios que se suministran a otras comunidades. Parecería como si el Estado viera en la industria azucarera una excelente fuente de divisas y de ingresos fiscales, sin que fuera necesario reciprocitar esta contribución en términos de beneficios tangibles para la población involucrada en sus actividades.

Aun en la pasada administración —cuando los índices de inversión pública alcanzaron niveles extraordinarios, en alto grado por el propio aporte de la industria azucarera—, se orientaron muy pocos recursos del gobierno central hacia las zonas azucareras. En un año como 1975, de 33 millones que gastó el gobierno central en viviendas, el 80 por ciento se invirtió en la ciudad de Santo Domingo, mientras que de 34 millones que se destinaron a calles, avenidas y otras obras de urbanismo, ni un solo centavo llegó a las zonas azucareras.

Hasta el presente, las mejoras que se introducen en las viviendas de los bateyes, una parte apreciable de los servicios de salud y de otros servicios, corren por cuenta de las empresas azucareras. En sus propios ingenios, el Estado ha delegado su responsabilidad al arbitrio de la buena voluntad de los administradores y de las disponibilidades financieras de sus presupuestos.

El Estado Dominicano, en particular en los ingenios de su propiedad, debe asumir sus obligaciones como ente canalizador de servicios públicos, construyendo viviendas, proveyendo atenciones médicas, garantizando el suministro de alimentos a precios asequibles, llevando educación y recreación.

No se trata de una mera apelación humanitaria. Se trata —y esto es importante que quede claro, cuando hablamos en una sociedad que exhibe una multiplicidad de situaciones que reclaman y se disputan la atención prioritaria del Estado— de un imperativo inaplazable, normado por fundamentales criterios de supervivencia de nuestra principal y gravitante actividad agroindustrial.

Si pretendemos y al parecer no nos queda otra alternativa—, conservar una industria azucarera bajo ciertos márgenes de rentabilidad, tenemos que pensar su operación como una actividad moderna. En este tenor, no sólo es importante contar con la oportuna información sobre los movimientos bursátiles en las lonjas de New York y Londres y renovar a tiempo el equipo industrial. Es menester elevar la calidad de la vida del que corta, alza y tira la caña, elevando su eficiencia y, con ella, la del complejo azucarero.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Castillo, José del. "Demografía de la inmigración haitiana". *Ultima Hora*, sep. 12, 1980.
2. ———. "La dominicanización de la zafra". *Ultima Hora*, feb. 2, 1980.
3. ———. "El factor humano en la caña". *Ultima Hora*, ene. 22, 1980.
4. ———. "El habitat del bracero". *Ultima Hora*, ene. 30, 1980.
5. ———. "La inmigración de braceros azucareros en la Republica Dominicana, 1900-1930". Santo Domingo, Universidad Autonoma de Santo Domingo, 1978.
6. ———. "La inmigración haitiana: orígenes". *Ultima Hora*, sep. 5, 1980.
7. ———. "Las lecciones del corte tradicional modificado". *Ultima Hora*, ene. 23, 1980.
8. ———. "Nuestra dependencia del bracero haitiano". *Ultima Hora*, ene. 8, 1980.
9. ———. "La paradoja de la zafra". *Ultima Hora*, ene. 16, 1980.
10. ———. "El problema de los braceros: orígenes". *Ultima Hora*, ene. 1, 1980.
11. Consejo Estatal del Azúcar. "Condiciones sanitarias de los bateyes del CEA". *Ciencia*, 2 (3): 77-95, jul. —sep., 1975.
12. Dobb, Maurice. *Salarios*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
13. Moscoso Puello, Francisco. *Cañas y bueyes*. Santo Domingo, La Nación, 1935.
14. Newton, James Robert. *The People of Batey Mosquitisol: Workers on a Sugar cane Plantation in the Dominican Republic*. London, University Microfilms, 1980.
15. Ovalle, Severo de Jesús. "Corte tradicional modificado (C.T.M.) en el CEA". *Inazúcar*, (18): 54-58, dic. ene., 1977-78.
16. Pérez, Margarita y otros. *Estudio de la problemática de la vivienda en los bateyes estatales de la zona Este del país*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1979.
17. Vicini, Felipe. "El problema de los braceros de la caña". *Azúcar dominicano*, (3): 10-13, jul. —ago., 1969.